Cualidad de mujer

Poesías incompletas

Magdalena Gómez Amores

Cualidad de mujer

Poesías incompletas

Magdalena Gómez Amores

Avant
editorial

Primera edición, marzo de año 2022
© Magdalena Gómez Amores, año 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

https://www.magdagamores.blogspot.com.es
Diseño de portada y Maquetación (Textos):
Joseluis SanzSalas

Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19197-15-3
IBIC: DCF

Ceuta

Ceuta, mi ciudad querida,
la siempre noble y leal…

Himno de Ceuta. (Luis García Rodríguez)

La vuelta

Otra vez el mismo mar,
otra vez el mismo cielo
y las mismas gaviotas
bajo el mismo firmamento.
Apenas deja ver sus rayos de oro
un sol que avergonzado
pinta de color rosa
los nubarrones blancos.
Cálido viento de levante sopla
rizando el mar sereno
vestido de gris y plata,
lleno de soledad y de misterio.
Cerca de él, sintiendo
un sabor en los labios salobre,
agua y sal en mi pecho
y una vieja ilusión vaga errante
allá lejos, muy lejos.

Tantas veces que he vuelto.
¡Quién pudiera ser niña de nuevo!
Ya no se ven jugar los delfines.
¿O es que yo no los veo?
O quizás, sin saberlo,
he perdido mis ojos de niña,
he perdido mis sueños.
Sólo queda una leve nostalgia
y un costal de recuerdos.
El barco se desliza
por la ancha bocana del puerto,
ya veo mi ciudad: ya veo Ceuta
¡Ay, quién pudiera detener el tiempo!

Soneto a Ceuta

Sobre siete colinas hermanadas
como perla engarzada entre la espuma
de azulado brillante o de gris bruma
vive mi Ceuta, mi ciudad sagrada.
Como niña que juega ensimismada
con caracolas, algas, con aljumas,
cuando el olor marino la perfuma,
el sol la envuelve en viva llamarada.
¡Tantos pueblos hollaron esta tierra!
Dejaron poco a poco su misterio
y todo lo plural que Ceuta encierra.
Es un lugar de raro privilegio
entre dos mares, cuya puerta cierra
y abre, sin forzar su cautiverio.

Historia de Ceuta

Los fenicios te llamaron
Abyla, no sé por qué.
Hepta Delfos
-siete hermanos-
tus colinas inspiraron
a los griegos,
y los romanos
en latín, te renombraron
Septem Frates.

***

Ya fue *civitas* romana:
la ciudad lo merecía
con los vientos enredados
entre dos mares mecía
su monte aterciopelado.

Fuimos taifa musulmana
con cultura que fue gesta
cuando Córdoba sultana
al mundo entero asombraba
y a ti, te llamaron *Sebta*.

También ciudad portuguesa:
Don Juan *Cepta* nos llamó
y don Enrique nos dio
como patrona una Virgen
que le tenía devoción.

Por fin, de España fue tierra:
su pasado atesoró
de ahí le viene su riqueza
ciudad amable y abierta,
y al fin, la nombraron Ceuta.

Despedida

El mar sereno, diáfana diviso
la clara línea azul del horizonte.
Me iré surcando el mar azul intenso
diré adiós a los montes,
las plazas y las calles.
¿Por qué las despedidas
son tristes y fragantes?

***

Saca el mar de su seno
gotas de agua y de sal
brillando en el cristal
del mar azul sereno.
Zarpa el barco formando
estelas de armonía
efímeras, que fría
guarda avara la mar.

***

Si se pudiera detener el tiempo
por tan sólo un momento
hacerlo mío, vivirlo,
pero no puedo…
Me iré, dejando sólo
una estela de espuma
que riza el viento
efímera que pasa
igual que pasa el tiempo.
También yo soy muy poco
frente a ese mar inmenso:
gota de sal y agua
sólo soy eso.

El Mediterráneo

Me legó mi padre
sangre cordobesa.
Yo nací en la orilla
del Mediterráneo
y tengo salitre
metido en las venas.
Aires militares,
himnos y banderas
conocí en mi infancia:
no dejaron huella.
No me emocionaron
las gestas guerreras.
Un mundo de paz
y patrias abiertas.
El Mediterráneo...
¡baña tantas tierras!

¡Qué pena ser como el mar!

Un atardecer de bruma
con resplandores de plata.
Quieto el mar
sin una espuma.
La bahía casi blanca.

Se escucha un sordo gemido,
sopla viento de levante,
el mar ruge embravecido.

¡Qué pena ser como el mar!
Que el alma se me alborota
cuando estalla el temporal.

Yo quisiera ser la roca,
firme y fuerte, y desafiar
largas cascadas de espuma.
¡Qué pena ser como el mar!

Pasaje Fernández

Había un patio en mi casa
era un patio compartido
allí transcurrió mi infancia.
En los días de colada
colgaban sábanas blancas
tiritando con el viento
o como velas infladas.
Algún calcetín zurcido
contaba historia callada
o ese pantalón ya viejo
que don José aún usaba.
Siempre las puertas abiertas
o, como mucho, entornadas.
—¿Se puede pasar, vecina?
—Hasta el fondo, *señá* Ana,
pase, que está usted en su casa.
—Vengo a pedir perejil
si es que tiene usted un poquito.

—Si que lo tengo, está aquí. Está de lo más fresquito
y le devuelvo el candil,
el que me dejó usted ayer.
—¡Gracias y quede con Dios!
—¡Que Dios le acompañe a usted!
Hoy vivo en una ciudad
con pisos siempre cerrados.
Estas puertas reforzadas
nos hacen vivir aislados.
La ropa tiendo escondida
al fondo de la terraza
igual que escondo mi vida.
Nadie sabe en qué estado
se encuentran mis calcetines.
Ya el zurcido se acabó
el consumo es lo primero:
y si el calcetín se rompe
voy a comprar otros nuevos.

Nunca muestro mi interior
ni mi ropa algo ajada.
Hay dos vidas paralelas
la del día a día, cerrada,
y la que hay en las redes
casi siempre maquillada,
pasada por *photoshop*.
Añoro a veces la vida
de aquel patio de vecinas
esa vida de familia
que me hizo feliz de niña.

Fuente Caballos

Playa de Fuente Caballos
con mis recuerdos de niña
jugando con los chinarros
me acercaba hasta la orilla.
Hoy no sé cómo podía
esos días de levante
con aquella mar bravía
entre rocas deslizarme.
Porque es una playa agreste
de una belleza salvaje
de belleza pura y fuerte.
En los días de poniente
con la mar algo rizada
pequeñas manchitas blancas
en las aguas azuladas.

Trepábamos por las rocas
con aquella agilidad
propia de los pocos años
que nos ofrecía la edad.

Erizos de agudas púas
defendían las hoscas peñas
como arqueros al asecho
que disparaban saetas.
Alguna espina clavada
en la planta de los pies
como huella de batalla
de la roca que pisé.
Esas pequeñas heridas
que curábamos en casa
con un sencillo alfiler
que el fuego purificaba.
He vuelto a mi antigua playa
un camino de madera
a modo de mirador
para andar la playa entera
entre los duros guijarros
por la cómoda vereda.
La playa ha quedado estrecha
¿o es mi mirada infantil
la que me hacía verla inmensa?